

Armando Bazán

## Los cuentistas peruanos y la cultura occidental



EN el Perú actual existen dos agrupaciones sociales perfectamente diferenciadas: la población indígena que vive en los campos y en los alrededores de las ciudades, a lo largo de la cordillera andina, por una parte; y por otra, la población de la costa y de las ciudades serranas: blanca, mestiza o criolla.

La primera de estas agrupaciones se encuentra subyugada ahora, como en los tiempos virreinales (1). Ni la España de aquel entonces pudo, ni la República de hoy ha podido asimilarla aún. Tal fenómeno se debe, simplemente, al hecho de que ni aquella España estuvo, ni esta República está lo suficientemente desarrollada en su forma capitalista. El estancamiento de las formas semif feudales, el progreso lentísimo de la industrialización, esto es de la técnica contemporánea en las inmensidades de la sierra peruana, mantienen a esta población indígena en

---

(1) Fué una fatalidad histórica el hecho de que la conquista española destruyera o desnaturalizara por completo la cultura que encontró en América. Pero no podía ser de otra manera, en primer lugar, porque esa cultura correspondía a un estadio común a todas las sociedades humanas y que había sido ya superado en Europa. En segundo lugar, a causa de las ideas y los sentimientos religiosos que agitaban febrilmente a la España de aquella época.

situación de servidumbre y analfabetismo, con sus instituciones autóctonas descoyuntadas, su religión desnaturalizada y su cultura ya casi extinguida por completo.

La segunda, siempre en lento pero seguro progreso, no ha hecho ni ha podido hacer otra cosa que marcar el paso y seguir las huellas de la cultura occidental. Durante todo el virreinato, lo mismo que durante su siglo de República, todas sus instituciones, sus formas de producción, sus artes, sus costumbres vinieron directamente de Europa. Su papel en la escala internacional no ha sido hasta hoy en día más que secundario. Es posible que siga siéndolo aún por muchos años. (Me refiero también a las agrupaciones similares de América latina entera). Y el día en que deje de serlo y pase a primer plano, no será ciertamente para romper el cordón umbilical que la une a esa cultura nacida del cristianismo, de Grecia y de la ciencia moderna, que busca febrilmente, en nuestros días como en la época de Dantón y Robespierre, nuevas formas de convivencia humana; no será para volver la espalda, digo, a esa cultura heredera de las mejores tradiciones y experiencias del hombre, sino para contribuir con sus nuevas fuerzas y realizaciones al mejoramiento, al progreso, a la evolución de esa cultura.

Desorientados van, ciertamente, algunos de nuestros jóvenes escritores, filósofos o políticos, que en su celo americanista, nacionalista, hablan ya de una cultura diferenciada, de una cultura exclusivamente americana, como si nuestro continente pudiera ofrecer en alguna de las actividades del pensamiento, de la acción, de la técnica contemporáneos algo que no tenga su vínculo profundo, su matriz vital en la cultura occidental.

¿Y cómo podría ser de otra manera, cuando todos los elementos que producen su cultura provienen de Occidente? Nuestro idioma y nuestra religión son europeos; nuestras leyes e instituciones nacieron de la Revolución Francesa. Los

grandes hombres que dieron la independencia a nuestros pueblos no buscaron orientaciones ni antecedentes de organización política o económica en la historia de los imperios autóctonos desaparecidos, sino en la historia ya vivida o actuante de Europa. Hasta el mismo momento en que Bolívar se desvía del ideal estrictamente republicano, sueña con una monarquía de forma occidental. Todos nuestros grandes políticos, desde Sarmiento hasta Cárdenas, tienen el ojo puesto en Europa, cuando tratan de operar en la vida social o económica de sus propios pueblos. Nuestros escritores, desde Montalvo hasta José Carlos Mariátegui o Lombardo Toledano, nutrieron y nutren su espíritu y su fuerza creadora, mucho más que con lo que pueden dar las insignificantes supervivencias de las tradiciones, leyendas o tradiciones autóctonas de América, con la copiosa, ingente e inagotable producción de la literatura occidental, desde Homero hasta Tolstoy y Malraux. Nuestros pintores, desde Merino hasta Diego de Rivera, deben su sensibilidad, su manera de interpretar el mundo, la técnica de su arte mucho más que a nuestros huacos y a nuestras pinturas autóctonas a la deslumbradora e insuperable creación pictórica europea que viene desde las Cuevas de Altamira hasta el Picasso de nuestros días (1).

---

Como es natural, los cuentistas peruanos han tenido que seguir el mismo camino. Ricardo Palma que es, a mi modo de ver, el pilar fundamental de la literatura del Perú siguió de

---

(1) Diego de Rivera vivió veinte años en París y en otras ciudades europeas, visitando constantemente los museos de pintura, para volver a México y emprender su obra gigantesca, que no tiene de autóctona nada más que el motivo y el ambiente, pues su concepción clasista del mundo la debe a Marx, y su técnica pictórica al Giotto y otros prerre-  
nacentistas.

muy cerca a Zorrilla y a Bécquer, en la misma forma que estos escritores españoles tuvieron la influencia de los románticos franceses o alemanes. Es la ley de la historia del arte. Pero no por eso Palma dejó de dar a su obra literaria un sabor peculiar y un acento inconfundibles. A su aplomo de castizo que le viene de la sangre española, se agrega el sensualismo cálido del negro y la resignación del indio. La resultante que en él se produce es esa ironía chispeante, esa gracia zumbona y maliciosa del limeño.

Como le tocó vivir en la época del romanticismo, su obra tiene muchos elementos románticos. Se evadió hacia el pasado en busca de motivo, de ambiente para su creación. Le vemos, pues, operar con personajes del virreinato o de la hora heroica de la revolución emancipadora. En el mundo de su arte, viven aristócratas castizos, virreinas flamencas, criollas limeñas, mestizos serranos. A todos ellos les infunde un soplo de vida auténtica, a todos les inyecta sangre perdurable. Vive enamorado de su historia y de sus tradiciones y las juzga con un criterio renovado y una amplia comprensión. No sintió ni pudo sentir al indio, porque, en primer lugar, el artista no es libre de elegir el motivo de su inspiración y, en segundo lugar, porque vivió en una época en que la embriaguez de la Independencia, el triunfo de las clases altas y de la clase media hizo crecer falsamente a la conciencia actuante que el indio, cuya participación en la contienda había sido muy secundaria, estaba en la obligación de seguir viviendo como un paria a lo largo de los Andes. Fué el momento en que quedó olvidada, paralizada, la nobilísima gestión del Padre Bartolomé de las Casas. Y ha sido necesario que se produzca la Guerra Mundial, con todas sus consecuencias en el Imperio de los Zares, para que la tendencia fervorosa del insigne fraile reviva en nuestros días con más vigor, con más amplitud y con más eficacia que nunca.

Palma buscó los motivos que podía sentir e interpretar.

Es lo que han hecho todos los verdaderos artistas. Balzac, por ejemplo, no es menos grande y genial por el hecho de haber interpretado exclusivamente el mundo de la aristocracia francesa. Lo esencial es amar su propia obra, amar sus elementos de creación, reflejar la verdad. Es lo que hizo Palma. Por eso sus «Tradiciones» son la mejor contribución peruana a la literatura castellana, es decir, a la cultura occidental.

Manuel Beingolea no es ya romántico, pero sí un sentimental que disfraza su queja haciendo alardes de ironía. Elabora con elementos de su propio ambiente, complaciéndose a veces, pero sin maldad, cuando encuentra el punto flaco de sus personajes. Pinta parsimoniosamente, observa con penetración y se expresa en un lenguaje sencillísimo, sin dejar por eso de ser casi siempre cautivante. Es limeño como Palma y no deja de tener con él ciertos puntos de contacto, a pesar de que sus obras se diferencian profundamente.

En cambio, Clemente Palma es, si se le juzga por sus «Cuentos malévolos» que le dieron fama, un verdadero anacronismo en la literatura peruana. Hijo del escritor que más fervorosamente cultiva las tradiciones de su pueblo, del más criollo de los artistas de su tiempo, este escritor dirige todo su esfuerzo precisamente a alejarse del camino de su antecesor. Y así le vemos ambular por la literatura rusa o por los caminos de Hoffmann para encontrar en ellos su mejor fuente de inspiración. «Los canastos» es un cuento de hechura, de ambiente, de filosofía rusa pre-revolucionaria. Y decimos parece dictado por la luz de Hoffmann.

La muerte prematura de Abraham Valdelomar privó a las letras peruanas de un temperamento excepcional, de un artista verdaderamente privilegiado. Escribió poemas bellísimos, ensayos profundos, crónicas ágiles, novelas y un cuento maravilloso. Su libro de cuentos «El caballero Carmelo», está considerado por la generalidad de los críticos literarios como un conjunto de cuentos perfectos. Sin embargo, creo yo que mu-

chos de ellos, la mayor parte, son intentos enteramente frustrados. Cuando Valdelomar trata de crear con elementos exóticos o extraños a su sensibilidad, esencialmente tierna, poética, vernácula, esto es, con personajes chinos, norteamericanos o franceses, su acento resulta enteramente amanerado, su dibujo superficial y falso. En cambio, cuando elabora con personajes y ambientes que le son familiares llega a dar belleza perfecta, a hacer arte de la más fina calidad. Su cuento «El caballero Carmelo», en el que se producen estas condiciones, es una de las más bellas y preciosas joyas de la literatura castellana. Su personalidad esencialmente panteísta, franciscana, renacentista se revela en ese cuento con todo su brillo y su pujanza. Pocos escritores, que nosotros sepamos, han llegado a humanizar a un ser irracional, como él lo hizo con el gallo Carmelo. Lo hizo a fuerza de lirismo, pero también, gracias a una viva y penetrante capacidad de observación, a un profundo conocimiento psicológico y a un completo dominio de la técnica.

César Vallejo, el gran poeta recientemente desaparecido, escribió algunos cuentos solamente. Su obra literaria de mayor volumen, la que ya ha tenido y seguirá teniendo una poderosa influencia en las generaciones nuevas del Perú, está en la poesía. Sus libros, «Los heraldos negros» y «Trilce», revelan a un poeta de verdadero genio. Sus cuentos son menos perfectos. En algunos de ellos, no hace más que desarrollar algunos motivos de sus poemas, sin llegar a mejores resultados. Sin embargo, «Fábula salvaje» y «Cera» le colocan a la altura de los mejores cuentistas.

La influencia de los escritores occidentales en estos cuatro cuentistas peruanos: R. Palma, Bengolea, Valdelomar y Vallejo es demasiado notoria y conocida. Tuvieron mucho que aprender de Bécquer, de d'Annunzio, de E. Poe, según sus afinidades. Pero todos supieron encontrarse a sí mismos a través de sus maestros. Y supieron amar su propio ambiente y

trabajar con sus propios elementos. Por eso son, a mi modo de ver, los precursores de la literatura peruana, cada vez más rica, vigorosa y original.

La personalidad de García Calderón es polifacetada. Hay críticos franceses que le consideran ya del todo asimilado a la literatura de l'Île de France. Sus crónicas de París son altamente valoradas en las mejores revistas francesas y su nombre figura en los más prestigiosos cenáculos. Su sensibilidad es tan rica y su dominio del «metier» tan perfecto que ha podido hacer «desde» París algunos cuentos de sabor y colorido indigenista, sencillamente magistrales.

Otra de las fuertes personalidades del cuento peruano es López Albuja. Ha escrito cuentos utilizando diferentes temas. Me parece que logra sus mejores aciertos, cuando trata de penetrar en la psicología del indio, cuando pinta el paisaje serrano. Su estilo suele ser a veces un poco áspero y su dominio del idioma un tanto deficiente. En cambio, su agudo poder de observación penetra hasta la entraña misma del alma. Exento de todo lirismo, de toda preocupación sentimental, trabaja con sus personajes más bien con la frialdad de un hombre de ciencia que con el calor de un artista.

Las últimas generaciones peruanas han producido cuentistas de primera calidad. Ciro Alegría, Fernando Romero, y F. Diez Canseco no están exentos de la influencia de grandes escritores europeos (Knut Hamsum, Kiplin, Valle-Inclán (el de «Tirano Banderas»). Pero están aún más cerca de Palma, de Valdelomar y de Vallejo. Estos tres nuevos escritores han producido ya novelas y cuentos admirables, en los que se acusa y resalta cada vez más la voz peruana. Los tres manejan diestramente el color y el movimiento del paisaje, los tres tienen precisión, agudeza y gracia en sus observaciones, los tres sienten con cierta sensualidad a la naturaleza y los tres tienen el don de un poderoso aliento poético. A pesar de que tratan ambientes y personajes distintos, salta a primera vista

el parentesco espiritual que los une. Diez Canseco da vida en toda su naturalidad y su belleza al mulato costeño, en la misma forma que Alegría al mestizo serrano y Romero al indio de la selva. Estos artistas están ya con la planta firme en el mundo de creación que nuestros precursores comenzaron a explorar. Por eso contribuyen a dar la impresión cada vez más perceptible de una fuerte personalidad peruana. (1).

Además de estos tres escritores que van amorosamente por los caminos de lo autóctono, buceando el alma poliforme del Perú, dibujando sus vírgenes paisajes (me refiero a los autores del «Gaviota», al de la «Serpiente de oro» y al de doce novelas de la selva peruana), hay otros escritores de no menor prestigio. Martín Adam publicó hace años «La casa de cartón», novela corta que revela una finísima sensibilidad y sobre todo una vasta cultura literaria seriamente asimilada. Encuentro en este libro ciertos puntos de contacto con «Quiero ser un filósofo», de Héctor Velarde, aunque, a mi parecer, haya entre los dos autores notorias diferencias de profundidad y de alcances artísticos.

Entre los últimos libros de relatos y cuentos, «Hombres y rejas», de Juan Seoane, está llamado a ser uno de los más perdurables y dramáticos documentos acusadores de nuestros tiempos.

---

(1) Y lo que pasa en el Perú está pasando en los distintos países de América, desde México hasta Argentina. Este desarrollo y formación de las distintas personalidades—¡cuán diferente es el arte argentino en cualquiera de sus formas, del arte mexicano, por ejemplo!—es lo que parece ser, precisamente lo que ha hecho creer en una nueva cultura americana. Cada pueblo de Occidente tiene su personalidad ya definida y distinta. Piénsese en la diferencia que hay entre un alemán y un español. Sin embargo, Goethe y Cervantes se tocan las frentes en el seno de Cristo. Más aun, dentro de la misma España vascos y andaluces, por ejemplo, tienen personalidades diferentes, pero forman una nacionalidad y han contribuido a la formación de una común cultura. Lo mismo que hizo y que hará cada vez más eficientemente América latina.

Por último, José María Arguedas, el más joven de todos nuestros cuentistas, nos ha dado un bellissimo libro, «Agua», de cuyas páginas emana un lirismo avasallador y una fuerza de rebeldía de los más altos quilates.

Entre el reducido número de mujeres que cultivan el cuento en el Perú, se destacan dos cuentistas de voz propia e inconfundible: María Wiese y Carolina Denegri. Las dos son limeñas y tratan los mismos temas: criollos de la clase media limeña, mestizos e indios de la sierra andina. En las dos actúan las mismas influencias del medio, pero tienen profundas diferencias de temperamento. Mientras María Wiese busca atentamente el lado flaco del criollo para clavarle allí su punzante ironía, Carolina Denegri enaltece con su comprensión y ternura al mestizo. Por lo demás, las dos están incorporadas con todo fervor en la tendencia indigenista.